

Gesché, A., *La paradoja del cristianismo. Dios entre paréntesis* (Sígueme, Salamanca 2011), 162 pp. ISBN: 9788430117574

Recensión de Felisa Elizondo
en Revista Española de Teología (2/2012) 365-367

Adolphe Gesché (1928-2003) desarrolló una larga docencia en la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina y sus artículos, en buena parte publicados en la RTL, así como sus intervenciones en diversos foros han sido reunidos y la editorial Sígueme los ha ofrecido en varios volúmenes: *Dios para pensar* I (El mal – El hombre) y II (Dios – El cosmos) (1995-1997), *El destino* (2001), *Jesucristo* (2002), *El sentido* (2004), y últimamente el título que comentamos.

Este pequeño volumen reúne en tres capítulos otros tantos largos artículos que se complementan entre sí y dan idea de lo que el autor considera paradójico: el cristianismo como ateísmo suspensivo, el cristianismo como monoteísmo relativo (?) y, finalmente, la relación del cristianismo con las otras religiones. Si hemos colocado una interrogación tras el título del segundo capítulo es porque no convence la traducción de *relatif* por «relativo», como se puede deducir de la propia advertencia del autor, por otra parte siempre cuidadoso en el uso del lenguaje.

Ha sido un teólogo reconocido y apreciado por haber sabido entablar un diálogo con la cultura contemporánea así como por su conocimiento de autores antiguos cuyos textos hace valer con singular acierto a la hora de apelar a un humanismo y a una sabiduría milenaria.

Convencido de la peculiaridad y verdad del cristianismo, también aquí acepta la interpelación que llega desde la modernidad con la fórmula *etsi Deus non daretur*, repetida desde Grocio hasta el ateísmo humanista del siglo pasado. Una fórmula que, a su juicio, tiene alcance teórico y teológico, por lo que no deja de ser aplicable en una medida al cristianismo. Aplicable en cuanto a la actitud hacia la «herencia pagana» y al lugar que reconoció a la razón, al «hombre natural» desde los siglos primeros, acogiendo la sabiduría que llegaba desde otras fuentes en el discurso teológico, «en su propia entraña», evitando con ello una referencia excesivamente inmediata a Dios. Esa «distancia» representa también la confianza en la capacidad de los humanos, libres de decidir creer. El *etsi* se corresponde con la reserva respecto de las pretensiones del conocer que llega desde la «teología negativa», con el

rechazo de la «pureza peligrosa» de posiciones integristas y con el reconocimiento de otras competencias hecho desde el cristianismo: «El *etsi* –escribe– deja en suspenso una afirmación demasiado rápida y exclusiva de Dios».

Ese momento de «ateísmo suspensivo» es «una verdadera confesión de la fe cristiana», pues el hombre no puede sacrificar su razón. Y la fórmula de un *ateísmo suspensivo* parece conveniente al autor para mostrar que el cristianismo «deja en suspenso la fe siempre que le parece indispensable situarse a cierta distancia de una afirmación de Dios tan excesiva y exclusiva que pudiera poner en peligro una justa y razonable confesión de Dios» (p. 33).

El segundo capítulo presenta la peculiaridad del monoteísmo cristiano caracterizado como «relativo» en este sentido: «El cristianismo, por su naturaleza y por su esencia, contiene en sí mismo y por sí mismo, a causa de su atención al hombre, una estructura de reserva frente a una afirmación aislada de Dios». No se trata –explica– de afirmar un politeísmo, sino de un monoteísmo en suspenso que deja lugar intrínsecamente a otro distinto de Dios, otro que es el hombre. Una abertura donde cabe el hombre y que condiciona la confesión y quizá la concepción de Dios que es el único Dios (pp. 34-35).

La idea de Encarnación –sigue explicando– excluye y prohíbe afirmar un dios que pueda poner en peligro al hombre: «no hay Dios allí donde el hombre es negado». La antropología teologal de la Encarnación se conjuga con los dos mandamientos que se condicionan el uno al otro y hacen que Dios y el hombre se «intersignifiquen». Autorizan –cree Gesché– a que se hable de un monoteísmo que «no tolera ningún discurso sobre Dios que no incluya un discurso sobre el hombre». Porque «no hay respeto por Dios sin respeto por el hombre» (pp. 36-37). Esta convicción lleva al autor a suscribir audazmente, también a este propósito, que el creyente debe respetar al hombre *etsi Deus non daretur*: «porque no puede existir un Dios que, con la excusa de respetarle a Él, diera derecho a alguien a no respetar al hombre» (p. 38).

Después de distinguir *monoteísmo* y *teocracia*, y de afirmar que confesar al Dios «único» es confesar al único que merece ser Dios, al que no falsea al hombre, entra a distinguir el Absoluto de la racionalidad separada del Dios cristiano, y concluye así: «Nuestro Dios es un Dios en el que nosotros oímos nuestro propio rumor» (p. 66). Ese carácter *relacional* que protege al hombre está apuntado desde siempre en la intuición trinitaria, que ha sido capaz –advierte– de pensar el *plural* en Dios.

Las reflexiones que siguen recuerdan las anteriormente contenidas en *Dios para pensar* I, donde expresa, en primera persona, el asombro de reconocer en el Dios cristiano, no

un Baal ni un Moloch, sino Aquel que quiere a los humanos «en re mayor», según una expresión de Goethe. Aquí recuerda nuevamente que el respeto del hombre no deriva de un *movimiento segundo* con relación a la afirmación de Dios, sino que se impone por sí mismo. Hasta tal punto está inserto en la confesión y concepción de Dios que estas dos, siendo del orden de la teología, son inseparables de una antropología.

Hay pues –concluye– una correspondencia entre *ateísmo suspensivo* y *monoteísmo de relación*. Y en estos delicados temas Gesché refuerza su argumentación apelando a los trasfondos mejores de la tradición teológica sin dejar de tomar en consideración los reclamos de quienes hablan a favor del hombre desde la secularidad.

En el tercer capítulo aborda la relación del cristianismo con otras religiones. Una cuestión no resuelta ni siquiera con los intentos recientes de salir tanto del enfoque inclusivista como del pluralista. Ciertamente el artículo se escribió antes de la publicación de conocidos trabajos como los de J. Dupuy y Cl. Geffré, pero el autor adelanta que el planteamiento ha de ensayar otras perspectivas. Y su propuesta es la de explorar los que considera «campos de inmanencia» o «lugares» donde se advierte que el propio cuerpo cristiano «no pretende en absoluto una perfección aplastante, aun cuando afirme con convicción su propia verdad» (p. 100).

El tema bíblico del «Dios escondido», las cautelas de la «teología negativa», el testimonio de los místicos y hasta el necesario recurso a la racionalidad llevan a aceptar que «el discurso cristiano acerca de Dios no es nunca acabado, adecuado o absoluto» (p. 103). Una *reserva escatológica* prohíbe pensar que, como el tiempo, el saber sea ya cumplido. Y la teología dogmática integra desde el principio y por motivos propios «un discurso no cerrado sobre Dios en el que lo plural, la alteridad y la diferencia tienen su lugar» (p. 110).

El riesgo de cierta idolatría y el de absolutizar la propia religión quedan así alejados y acercándose a la conclusión Gesché advierte que «el cristianismo, si se presenta ante los demás con esta ‘kénosis inmanente’ puede encontrar menos obstáculos para su comprensión por parte de ellos. No se trata de facilidad, sino de verdad» (pp. 123-124).

Como en otros momentos, el autor apunta posibilidades a explorar dentro de la tradición viva del cristianismo, en su modo de hablar de Dios y del hombre. Posibilidades que se entrecruzan si no se desiste de pensar la fe ante nuevas situaciones: «Dios para pensar» ha venido siendo algo así como un lema teológico además de un título de otros libros del autor. Y se puede aplicar también a este últimamente traducido al español.